

Un noble deporte casi olvidado: la caza de ciervos a la carrera

Aunque de origen antiquísimo, es el deporte de la caza de ciervos a la carrera uno de los que menos conoce el gran público, quizá porque siempre haya sido éste una diversión reservada exclusivamente a próceres y reyes. Cada vez son menos las personas que ejercitan esta actividad cinegética, porque para ejercerla se requieren grandes extensiones de terrenos abundantes en caza y, sobre todo, unos gastos no muy fáciles de realizar a tono con los recursos de las actuales economías privadas.

Pero cuando en las húmedas y frías mañanas del otoño se organiza todavía una de estas cacerías, el espectáculo es

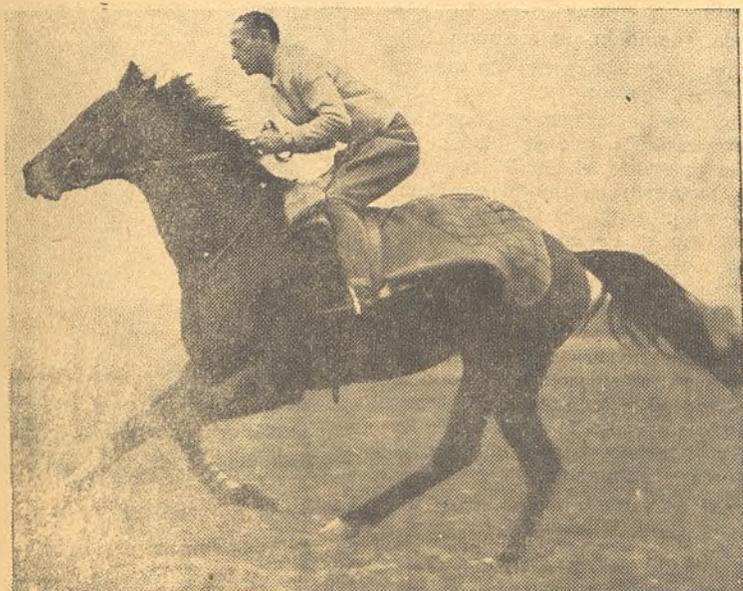
te de un cinturón plateado y trompa de caza. La jauría, con sus perreros armados de látigos, y los invitados, iban llegando, vistiendo los trajes clásicos, sobre coches de época, y las amazonas cubiertas con los sombreros de tres picos, cubiertos de oro y plata. Hoy, nada de este aparato escénico puede verse; pero, de todos modos, estas cacerías aún conservan un desusado estilo de viejas elegancias que las hacen incomparables, como escapadas de grabados, antiguos, además del propio interés de su deportivismo.

Al llegar el mediodía el ataque comienza. Todos montan a caballo y el

los perros, implacables, se lanzan a nado y la persecución continúa con uno de los espectáculos más emocionantes que pueda imaginarse: "piquers", monteros, invitados y carruajes cercan el agua formando una verdadera muralla en torno al animal, que, comprendido que su fin ha vegado, chapotea nervioso con sus patas. Suena el toque de ¡barco, al agua!, al cual sigue el de ¡hallali!, y una barquichuela surca las aguas, tripulada por un montero, que de certero disparo pone fin a la agonía del ciervo.

Los cazadores, se agrupan, se saca a tierra el cuerpo del animal y los "piquers" lo despedazan, mientras los perros contienen a duras penas a las traillas, que esperan ansiosas la parte del botín que les corresponde, pues según las reglas de la montería, la cabeza y las astas de la víctima pertenecen al jefe del equipo; la piel, a los "piquers" y la carne a los perros. Cuando todos los trozos están preparados, el primer "piquer" se acerca al jefe del equipo y, descubriéndose, le pide permiso para hacer el reparto. Obtenido éste, los perros se precipitan sobre el montón de carne y lo devoran en pocos minutos, mientras que los "piquers" y los monteros, tocan alres venatorios con las trompas y así termina la jornada.

Estas cacerías, de tan rancio sabor aristocrático que requieren un escenario de castillos y parques principescos, están hoy tan desuso, que casi puede decirse que sólo queda de ellas el recuerdo impreso en los grabados que decoran algunos burgueses cuartos de estar y en algunos cuadros que en los Museos exhiben estas escenas que nos legaron los pintores de Cortes y Ducados, pero el recordarla, tiene un dulce encanto, sobre todo para los aficionados a la caza, porque evocan aquellos tiempos en que la virginal naturaleza aún tenía paisajes y lugares para que el hombre pudiera perseguir a los animales que vivían libremente (aunque con ciertos riesgos) sin la obligada disciplina de los rebaños y las cercas de los apriscos.



verdaderamente maravilloso por su colorismo, elegancia, intriga y gracia pintoresca. En las "perreras" y en los pabellones de los "piquers", reina gran animación desde la salida del sol. Momentos después, tres monteros y tres sabuesos salen en busca de la futura víctima, casi arrastrados por los perros que, con el hocico pegado al suelo, buscan ávidamente la manada de ciervos. Por fin, uno de los sabuesos tira con ahínco de la cadena que le sujeta. Es la señal de que ha encontrado una pista. Poco después siente que las ramas se estremecen, y por los resquicios que los árboles dejan libres se ven las piezas agrupadas tranquilamente rumiando. Es el momento en que el montero regresa al punto de la cita, donde se encuentran reunidos los cazadores y dos "diuers".

LA ANTIGUA ESCENOGRAFIA

Antiguamente, estas reuniones campestres formaban un cuadro de deslumbrantes coloridos; los "piquers" vestían el tradicional traje de montería, consistente en medias blancas, botas altas, calzón de terciopelo azul, chaqueta de caza o levita de una fila de botones con el emblema del "equipo", corbata y gorra de terciopelo negro; chaleco de gamuza los jefes, y de paño rojo, los criados; cuchillo de caza, estilo Luis XV, pendien-

desfile empieza. Un perrero marcha en cabeza como guía de la jauría; marchan luego los "piquers" a caballo, los jefes de equipo, los monteros, los invitados y, por último, los coches todos formando una silenciosa caravana, hacia el momento solemne de la caza.

A unos metros del lugar ocupado por los ciervos, se detiene la columna, avanzando solamente los piqueros con las traillas. Los ciervos emprenden entonces la huida y es cuando suenan las trompetas y los monteros penetran en el bosque, mientras ladran los perros en libertad y se ponen sobre la pista seguidos por los jinetes.

Es este el momento más difícil de la cacería, pues hay que separar al ciervo grande de su manada y las diferentes pistas comienzan a desorientar a los perros. Las hembras y los cervatillos se detienen extenuados y va quedando sólo la pista del gran ciervo resistente que huye en línea recta.

DE NUEVO SE OYE LA TROMPA

Los "piquers" animan a sus traillas y de nuevo se oye la trompa anunciando que la verdadera pista se ha vuelto a encontrar. Poco después, el pobre animal, fatigado, empieza a acortar su carrera. De pronto ve un lago y se arroja a él con una esperanza de salvarse; pero

ANTES DE COMPRAR

ESCUCHE UN



PRECURSOR DE LA RADIO
EN EL MUNDO

RADIO VERA

CIUDAD REAL